

El mundo de Fischer



Un día hace algunos años, una profesora de colegio le puso una mala nota a un estudiante por la perfección del dibujo de un mapa. Ella creyó que lo había hecho el papá. Ahora el joven estudia arte y tiende a ser un buen artista. ¿Qué pensaría esa profesora si tuviera la oportunidad de ver una exposición suya? Tal vez compre uno de sus cuadros y ni se acuerde del alumno del mapa.

Por Olga Viviana Guerrero

Una tarde lluviosa. Tres y cuarto, para jugar con la exactitud, si es posible encontrar la exactitud. Llega Fischer. Trae la alegría universitaria y despreocupada de viernes en la tarde. Llega y entra como Pedro por su casa. Pero no es Pedro, es Andrés. Aunque algunos lo confundían con Juan, el actor. Pero claro, es su hermano. Y son iguales. Tal vez, de distinto color. Pero iguales. Y hay otros dos, seguramente también iguales. Como si los fabricaran en serie. Todos artistas, todos rebeldes, todos Fischer. De todos, es Andrés el que llega con una bufanda de colores oscuros, camisa clara, blue jeans destendidos, tenis, arete, pálido, tímido y mirada de artista. Saluda aquí y allá. Conoce el lugar, pero esta vez viene para algo distinto: a hablar, a recordar, en lugar de dibujar. Para contar de los cuadros que ahora expone en Pimms.

Se sienta. Empieza el juego de las preguntas y respuestas. No hay reglas. Salen cosas de aquí y de allá. Pero primero lo primero: el arte. Y la pregunta del millón: ¿cuándo empezó?

La respuesta viene desde los tiempos de la niñez, cuando todavía ser indocumentado no era un problema porque no había cheques que cobrar y podía estar en pijama hasta las cuatro de la tarde sin preocuparse. Cuando espiaba a su tío en la casita del Polo, y lo veía pintar sin inmutarse. Desde entonces odió el colegio. Tal vez fue esa la razón por la que ya en kinder empezaron a botarlo de todos los colegios. No se ajustaba a las reglas. No era como los demás.

Del colegio lo que más recuerda son sus compañeros, las caricaturas que le hacía a los profesores y las robadas de la llave de la sala de profesores para cambiar las notas de química. El caso es que de tanto ir y venir de colegio en colegio, terminó bachillerato por radio, con la ayuda de La Asociación Cristiana y Teresa, una muchacha que trabajaba en su casa.

Estudiar arte en la Universidad de los Andes fue una gran oportunidad porque encontró varios incomprendidos como él, todos con mirada de artistas, todos con la imagen del mundo en la mente. Según él, donde más se aprende es fuera de las aulas. En los lugares donde se reúnen los estudiantes de las demás facultades, aprende otros idiomas, otras formas de ver el mundo, otras formas de mirar los ojos.

Pero no hay peligro de perderse porque el arte se lleva en la sangre y si la opción no es el arte, es el arte. No hay más de dónde escoger. No hay más a dónde ir. Lo dice su reloj acuático con pepitas de colores, la bandera de Colombia amarrada en la muñeca, el arete, regalo de Juan, y las medias azul eléctrico que le salen con los pantalones. Mejor dicho, lo dice su aspecto intencionalmente descuidado. Su querer ser irreverente. Aunque la irreverencia sea reverente. Sucede que a veces todo

Del colegio lo que más recuerda son las robadas de la llave de la sala de profesores para cambiar las notas de química. El caso es que de tanto ir y venir de colegio en colegio, terminó bachillerato por radio, con la ayuda de La Asociación Cristiana y Teresa, una muchacha que trabajaba en su casa.

se vuelve juego de palabras, o imágenes y ya no se sabe si la moda, es reverencia o irreverencia; Y de la obra? Son los sitios de dades. Los bares. Los lugares donde gente se esconde del mundo y se de la realidad. Y cuando pinta razones, sólo las sensaciones que duce el ambiente, la gente. Es su innata de expresión. Su manera de velar que cree en el mundo, a pesar todo lo que sucede. Que cree en la te, aunque use corbata, paño y los formalismos.

Lo que le gusta es el bocadillo de so. Leer los ojos de las personas sueño, es más bien una pesadilla de se puede contar porque es ilegal. ral y engordia.

Desde siempre, Andrés Fischer odió el colegio. Tal vez fue esa la razón por la que desde kinder empezaron a botarlo de todos. No se ajustaba a las reglas. No era como los demás.

Sábado 18